



Del oficio de escribir

por Jesús Ugarte Vázquez



La carpintería tiene un encanto particular. Cuando era niño, me gustaba pasar cerca de una mueblería donde arreglaban y hacían sillas, camas y alacenas. La calle estaba llena de aserrín y las obras del carpintero se exhibían sobre la banqueta. Yo quedaba extasiado viendo como cortaban, lijaban y pulían la madera hasta que quedara reluciente. Era el proceso lo que me gustaba, más allá del resultado.

Después vino la escritura que, aunque no compartía la misma demanda física de cortar, lijar y pulir, se asemejaba al hecho de concebir una obra final de cuya recompensa emana la satisfacción de percibir lo que nos constituye a través de lo creado. Sin embargo, uno no percibe tan fácilmente cuando un poema vacila y hay que ponerle una servilleta doblada en la pata para emparejarlo. Se necesitan lecturas, intentos fallidos, rechazos.

Esto lo entendí de mejor manera cuando en un taller de poesía, impartido por Jorge Humberto Chávez, se habló sobre el trabajo que hay detrás del poema. Él hacía la comparación entre carpinteros y escritores. Hablaba de la forma en como la palabra puede ser utilizada de la misma forma que la madera, convirtiéndola en un recurso fundamental de la expresión artística hasta llegar a concebir la unidad de un poema bien estructurado. La imagen me pareció fascinante. Las palabras empezaron a tener otro sentido. Tenía a mi alrededor muebles de todo tipo: Rulfianos, con esa ornamentación breve pero exacta; Lopezvelardeanos, con la resistencia de la nostalgia; Iburgüengoitianos, con esas curvas desafiantes y graciosas.

Después leí que Gonzalo Lizardo había encontrado en "Carta a un zapatero que compuso mal unos zapatos" de Arreola, una posible metáfora sobre lo que significa ser escritor. El zapatero no solo repara el calzado sino que lo adapta al entorno para que perdure,

de la misma forma en la que el escritor toma de sus lecturas la base principal sobre la que añade, refuerza y constituye un nuevo texto.

Pero lejos de estas bellas analogías persiste la pregunta de si es natural escribir. El carpintero adorna una silla que puede quedar más o menos elegante, pero al final va a servir para lo mismo, a menos, claro, que sea la silla de André Bretón. Los zapatos, por otra parte, tienen la finalidad concreta de proteger el pie. Pero la literatura no tiene esa demanda, es decir, no hay tantas personas buscando un libro que los sostenga o los proteja. Al contrario, el tener un libro es una deuda que se adquiere porque, como dice Zaid: "[...] amenazan con la cuenta pendiente de responder a la pregunta: « ¿Ya lo leíste? ¿Qué te pareció?»". A pesar de esto, el escritor escribe desde una motivación vertiginosa e inevitable.

Parece una labor suicida. Además de este profundo rechazo, que ya de por sí va en aumento, la visión antigua de lo que era la lectura se está perdiendo. Un padre ve a su hijo leer y piensa inmediatamente que está perdiendo el tiempo, de la misma forma en que alguien podría ver a un escritor tratando de completar un párrafo y sentir la imperiosa necesidad de quitarlo de la máquina para emplearlo en algo "productivo". Sin embargo, hay quienes como Bolaño, reconocen esta crisis y, a pesar de todo, transitan sobre el camino doloroso de la escritura.

Lo cierto es que uno termina por adorar la literatura cual si fuera una divinidad. La devoción es, como casi cualquier otra, irracional. Difícilmente se escapa de un oficio que aproxime tanto a sus practicantes a ese reconocimiento maravilloso del arte y la experiencia estética.

Quizá Rimbaud murió el día en que puso fin a su producción literaria para comerciar armas en Etiopía. Quizá le sobró tiempo después de haber dicho tanto.